

MANUEL ESPADAS BURGOS

LA ESCUELA ESPAÑOLA
DE HISTORIA Y ARQUEOLOGÍA
EN ROMA

UN GUADIANA JUNTO AL TÍBER



UNIVERSIDAD DE
CASTILLA-LA MANCHA



Publicaciones de la Residencia de Estudiantes

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	17
LA PRIMERA ETAPA DE LA ESCUELA	25
Salir del aislamiento	27
El estímulo de los congresos de historia	31
José Castillejo, secretario de la JAE	35
El Centro de Estudios Históricos	40
El hombre clave de la Escuela de Roma, José Pijoan	43
Los antecedentes	47
La primera dirección de la Escuela	54
Los becarios	57
El programa de actividades de la Escuela	62
Las primeras publicaciones	66
Luchando con la Administración	69
La primera sede de la Escuela	70
El final de la primera etapa	80
LA DELEGACIÓN DEL CSIC EN ROMA	91
Tras el largo paréntesis	93
Tiempos difíciles	101
El reconocimiento de una labor	103
Publicaciones	108
Los años sesenta	110
Los intentos de supresión o de fusión	111
Una nueva sede para la Escuela	114
EL ÚLTIMO TERCIO DEL SIGLO	117
La cesión de la sede	122
Los años ochenta	126
Buscando piso	131
Memoria personal	132
APÉNDICE DOCUMENTAL	137
RELACIÓN DE DIRECTORES Y BECARIOS	161

La Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, creada en 1910 por la Junta para Ampliación de Estudios, es uno de los centros más antiguos de los que actualmente forman parte del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. La relevancia de este centro no sólo radica en la calidad de su producción científica, sino también en lo singular de su posición, que representa la integración de las humanidades en el sistema de investigación y desarrollo y su proyección internacional. El trabajo de investigación realizado por el actual director de la Escuela, Manuel Espadas, constituye el primer estudio completo y riguroso sobre los avatares de este centro a través de los años. Cuando se cumple el 90 aniversario de su fundación resulta idóneo que el CSIC, en colaboración con la Residencia de Estudiantes y la Universidad de Castilla-La Mancha, saque a la luz este proyecto.

La historia institucional de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma es un ejemplo de las vicisitudes por las que nuestra política científica ha ido pasando a lo largo del siglo XX. Uno de sus objetivos fundacionales fue la apertura internacional de la investigación española, como requisito necesario para su modernización. Tras un primer período científicamente fecundo, como manifiestan el número y la calidad de las publicaciones entonces producidas, los trágicos acontecimientos que han marcado la historia de España y de Europa en la primera mitad de siglo supusieron una primera ruptura en su trayectoria. Muchos de los detalles del acontecer de la Escuela, y por tanto de la historia del Consejo, quedan reflejados en la correspondencia mantenida entre el secretario de la Junta para Ampliación de Estudios, José Castillejo, y José Pijoan, director *de facto* durante el primer período, que recoge en parte este libro.

Desde 1947, año en que la Escuela pasó a depender del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, su actividad investigadora comenzó a remontar, no sin experimentar algunos altibajos. En 1980, se abrió una nueva etapa en la que ha aumentado el esfuerzo en su desarrollo por parte del CSIC, y se ha consolidado su reconocimiento internacional.

Este libro contribuye a la recuperación de la memoria histórica del Consejo, una labor en la que la Residencia de Estudiantes colabora con entusiasmo, rigor y de forma constante a través de la custodia, el estudio y la difusión del legado de la Junta para Ampliación de Estudios y su entorno científico y cultural. Quiero aprovechar esta ocasión para agradecer esta labor a la Residencia, así como a la Universidad de Castilla-La Mancha el apoyo e interés que desde el inicio ha mostrado por este proyecto. Por último, no quiero olvidar la muy oportuna colaboración prestada por la Dirección General de Relaciones Culturales y Científicas del Ministerio de Asuntos Exteriores, que evidencia las excelentes relaciones entre las instituciones que deben velar por el futuro de la cultura española en el exterior.

Todo ello ha permitido que el profesor Manuel Espadas pudiera llevar a cabo este trabajo que tanto aporta al conocimiento de nuestra historia científica, y en especial a aquella referida al campo de las ciencias sociales y las humanidades, campo que el Consejo tiene mucho interés en seguir desarrollando a través de casi una veintena de centros, cuya labor es necesario dar a conocer de forma especial a través de proyectos como los que este libro representa.

ROLF TARRACH
Presidente del CSIC

Desde su creación, la Universidad de Castilla-La Mancha ha prestado especial atención a la vida y la obra de quienes, hombres o mujeres, pudieran ser considerados predecesores de la actividad universitaria en la región castellano-manchega, bien fuese en la dimensión docente como en las tareas científicas. Sin duda, uno de ellos es José Castillejo y Duarte, un manchego nacido en Ciudad Real, catedrático de Derecho Romano y, la que fue su principal dedicación, secretario de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, como con tan largo título, luego reducido a las prestigiosas siglas de JAE, se conoció en las primeras décadas de este siglo a aquella institución que tuvo en las universidades y en los laboratorios de Europa la meta de formación de tantos jóvenes españoles para los que el horizonte científico de su país, en los críticos años del fin de siglo marcados por la fecha de 1898, se presentaba tan pobre y raquítico.

Como se recoge en las páginas de este libro, José Castillejo era, en la semblanza de otro hombre de la JAE, Manuel Gómez Moreno, «el joven distinguido, finísimo, a la inglesa, que ha recorrido Europa estudiando cosas de enseñanza, que costea pensiones de muchachos, muy serio en sus procedimientos y con gran entusiasmo por sacarnos de la barbarie».

La Universidad de Castilla-La Mancha, en cuyo campus de Ciudad Real una de sus calles lleva el nombre de José Castillejo, ha contribuido editorialmente a algunas de las obras en las que este manchego y la empresa científica en la que estaba comprometido eran protagonistas de aquel renacer universitario y científico, tales como el propio *Epistolario de Castillejo* (Madrid, 1999) o el libro de Antonio Jiménez-Landi *La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente* (Madrid, 1996).

Ésta es la razón fundamental por la que, ahora, el presente libro cuenta con el apoyo editorial de esta universidad, como nuevo testimonio de homenaje a José Castillejo, una de las figuras clave en la construcción de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, que se historia en estas páginas y que hoy, dirigida por un manchego, nacido como Castillejo en Ciudad Real y muy vinculado a esta universidad, conmemora sus primeros noventa años de presencia en la vida cultural romana.

LUIS ARROYO ZAPATERO
Rector de la Universidad de Castilla-La Mancha

A lo largo de los últimos años, tras la recuperación de su viejo sello editorial, la Residencia de Estudiantes ha publicado una corta pero escogida serie de monografías y estudios sobre la historia intelectual y cultural de las figuras y las instituciones que configuraron la llamada Edad de Plata. Esta tarea no es sino parte de la reconstrucción de una memoria, de su propia memoria histórica, principio y fundamento de la Residencia en su actual etapa, plasmada en exposiciones, seminarios, publicaciones y otras muchas actividades.

A esta serie se suma ahora el estudio que Manuel Espadas dedica a *La Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma*, casa por tantos motivos ligada a la historia de la Residencia, nacida, ésta como aquélla, en el mismo año de 1910 en el seno de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. Castillejo, Pijoan o Menéndez Pidal, tan próximos a la historia de la Residencia, aparecen también en esta biografía institucional de la Escuela de Roma que prolonga su relato hasta el día de hoy.

Quien lea esta monografía, como otras referidas al mismo periodo, creo que puede inferir que no hubo continuidad entre el espíritu fundacional de la Escuela (y el resto de las instituciones creadas por la Junta para Ampliación de Estudios a partir de 1910 hasta 1936) y su desarrollo posterior tras la incorporación al Consejo Superior de Investigaciones Científicas a partir de 1940, como heredero forzoso de la Junta. Tampoco existió continuidad entre la Residencia de Estudiantes dirigida por Alberto Jiménez Fraud y la Residencia reabierta todavía con estudiantes en 1939, pese al benemérito esfuerzo de don Pedro Laín, su primer director. Lo mismo cabe decir —me parece— de la Escuela de Roma, aunque lo maravilloso de esta historia es que

finalmente haya podido recobrase tanto en la Escuela como en la Residencia el espíritu fundacional.

Gracias al profesor Espadas conocemos, en lo que se refiere a la Escuela, el abnegado trabajo realizado en esas décadas de hierro por un puñado de estudiosos españoles, algunos de tanto mérito como Higinio Anglés, o la colaboración de otros, formados en el mundo de la Junta, como Vicens Vives. Sin tales datos no podremos llegar a reconstruir la historia intelectual española en esta época ni entender el dificultoso proceso de recuperación de la ciencia y el resto de la actividad cultural, brutalmente segadas en pleno florecimiento por el estallido de la guerra de 1936.

En cuanto a la Residencia, conste nuestro respeto por la calidad, en algunos casos extraordinaria, de quienes la habitaron a partir de 1940. Poco a poco vamos conociendo los numerosos intentos de acercamiento a su espíritu fundacional. Sin embargo, toda nuestra actual labor se nutre de ese espíritu, que animó a esta casa entre 1910 y 1936, y de esa renovada tradición intelectual de la que nos reclamamos modestos pero empeñados continuadores, sin mixtificación de ninguna clase.

Sin duda, la evolución del conjunto de la sociedad española hizo posible la evolución del CSIC de modo que, recobradas las libertades a partir de 1975 y de la Constitución de 1978, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas fue reivindicando con orgullo la tradición intelectual que se encarna en la Junta. Hoy, tanto la Escuela como la Residencia se afanan en proseguir la tradición que representa la Junta, heredera a su vez de la Institución Libre de Enseñanza.

Me consta desde hace muchos años —en los que me ha honrado con su amistad— que el propio autor de este libro, maestro de historiadores del CSIC, ha realizado una meritoria, discreta pero eficacísima tarea de acercamiento y comprensión de las personas e instituciones del liberalismo español. Igualmente puede decirse de mi maestro, Vicente Cacho Viu, y algunos más que no cito para no extenderme. Quienes por circunstancias familiares y personales nos sentimos herederos de esta tradición estaremos siempre obligados con ellos por su generoso esfuerzo de acercar a las Españas.

Finalmente, quiero agradecer la colaboración que en este libro se da de nuevo entre las Publicaciones de la Residencia de Estudiantes

y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, a la que se suma, en esta ocasión, la Universidad de Castilla-La Mancha como tercera entidad coeditora. La Residencia agradece también el apoyo y el interés de la Dirección General de Relaciones Culturales y Científicas del Ministerio de Asuntos Exteriores.

JOSÉ GARCÍA-VELASCO
Director de la Residencia de Estudiantes